

Franz Rosenwig, León Roth, Zevi Disendruck y muchos más que son honra y prez de la filosofía contemporánea.

Un notable biógrafo, Mortz Steinschneider, que ha historiado las contribuciones judías a la ciencia medieval, registra no menos de 2,168 médicos destacados, que existieron entre la Edad Media y el siglo XVIII. Mas refiriéndonos a una época más remota, diremos que el primer documento específicamente médico de que se tiene memoria es la compilación de Asaf Judaeus, que vivió por el siglo VII, en Siria o Mesopotamia. Dignó de recordación es Avenzoar, hermano de Averroes, y de ascendencia judía. Adviene en seguida una pléyade verdaderamente deslumbradora: Rasarjawish, Sabbatai Amatus, Jacob ben Jehiel Loans, Rodrigo López, García de Orta, Tobías Cohen, Meyer Low Schomberg, Moses Marcus, Daniel de Fonseca, Jacob Lombroso, Sigismund Waterman, Jacob de Silva Solís-Cohen.

No podrían omitirse Ludwig Traube, Simón Baruch, Alberto Neisser, August Wassermann, Simón Flexner, Serge Voronoff, Alexandre Besredka, Bela Schik, Leo Buerger, Lous Berman, Sigmund Freud, Alfred Adler, Wilhelm Stekel, Otto Rank, Theodoro Raik, Abraham Arden Brill, Elie Metschnukoff, Paul Ehrlich, Karl Weigert, Jacob Henle, Mortiz Schiff, Benedikt Stilling.

La contribución de los judíos a la medicina, se puede sintetizar en estas irónicas frases del Dr. Lukatchewsky, médico no judío: "Un nazi que padece una enfermedad venérea no debe consentir que lo curen por medio del salvarsán, porque fué descubierto por el judío Ehrlich. Tampoco debe dar paso alguno para averiguar si padece esa enfermedad, porque la reacción Wasserman que se utiliza con ese objeto fué descubierta por un judío. Un nazi que padece del corazón, no debe utilizar la digitalina, cuyo uso medicinal fué descubierto por el judío Ludwig Traube. Si le duelen las muelas no debe usar la cocaína, pues en ese caso se beneficiaría con la obra de un judío. Carlo Koller. No debe tratarse la fiebre tifoidea o se verá obligado a beneficiarse con los descubrimientos de los judíos Widal y Well. Si sufre de diabetes no debe emplear la insulina, porque su invención fué posible gracias a los trabajos de investigación del judío Minkowsky. Si le duele la cabeza debe rechazar el piramidón y la antipirina (Spiro y Filehne). Los antisemitas que padecen convulsiones, deben seguir padeciéndolas, pues fué un judío, Oscar Liebreich, quien pensó en el hidrato de cloral. Lo mismo sucede con las dolencias físicas: Freud es el padre del psicoanálisis. Los doctores antisemitas deben rechazar todos los descubrimientos y mejoras de Politzer, Barány y Otto Warburg, distinguidos con el premio Nobel; de los dermatólogos Jadassohn, Bruno Bloch y Unna; de los neurólogos Mendel, Oppenheim, Kronecker y Nenedikt; del especialista en pulmones Fraenkel; del cirujano Israel; del anatomista Henle y otros".

Si pasamos a la astronomía, encontramos a William Herchel, Robert Rubenson, Maurice Loewy, Fritz Cohn, Edward Israel, Azeglio Bemporad, Adolf Maurcuse, Paul Sophus Epstein, Albert Abraham Michelsob, Albert Einstein.

En el campo universitario, son educadores insignes: Jacob Mordecai, Joseph Hitter Wertheimer, Eprahim Epstein, Mor Karmán, Julius Sache, Félix Naumburg, Morris Meister, Herbert A. Silverman.

La Biología reclama con orgullo a Marcus Eliezer Bloch, Eduard Strasburger, Paul Ascherson, Roberto Remak, Israel Aharoni, Jacob Goodale, Lipman, Bathán Fasten, Carlo Neubert, Carlo Lucas Alberg.

En el periodismo, han alcanzado relieve universal: Ignaz Kuranda, Edward Brandes, Paul Julius Reuter, Lucien Wolf, Laurie Magnus, Henri Blowitz, Rudolf Mosse, Max Beer, Alfre Kerr, Benjamín Felischer, Joseph Pulitzer, George Seldes, Leo Wise, Reuben Barinin.

En otras actividades y en las más varias disciplinas científicas brillan como astros de primera magnitud: Franz Boas, Charles Gabriel Seligman, Maurice Fishberg (*antropólogos*). César Lombroso, Shledon Gleck (*criminologistas*). Augusto-Muchel Lévy, Victor Moritz Goldsmidt (*geólogos*). Salomón Munck, Ede Mahler, David Heinrich Muller, Morris Jastrow, Eugen Mittwoch (*orientalistas*). Karl Lehrs, Graziadio Ascoli, Michel Breal, Gaspar Levis (*filólogos*). Hugo Munsterberg, Kurt Lewin, William Stera (*psicólogos*). Giulio Ascoli, Asher Baer, David Emanuel, Mor Réthi, Oscar Sariski (*matemáticos*).

Sería inacabable una enumeración, así fuera escueta y selectiva, como la que vengo efectuando, de los intelectuales, artistas, financieros, investigadores, arquitectos, exploradores, militares, aviadores, moralistas judíos. Basta

una rápida mirada sobre la compleja existencia de nuestros días, para comprobar que su colaboración al enaltecimiento y dignificación de la misma es inconmensurable.

Grecia, Roma e Israel, serán siempre las tres fuentes de aguas vivas en las que el espíritu humano irá a sorber lecciones de sabiduría y de bondad, de verdad y de belleza. Israel ha entregado a los hombres un legado siempre vivo y fecundo, cuya presencia irradia en todos los órdenes, aun los más sencillos, de la vida cotidiana.

Ahora bien: este pueblo maravilloso que en forma luminosa y espléndida ha contribuido a la integración y magnificencia de la cultura universal, ha vuelto a su país de origen para reconstruir su patria ancestral. No se trata de una emigración, sino de un retorno. No es el caso de un pueblo extraño que llega a colonizar, sino de hombres que regresan a su hogar milenar, bajo el signo de la justicia, de la tradición y de los antecedentes históricos.

Si a ello se agregan sus altos y copiosos merecimientos, no pueden germinar ya más vacilaciones; y la Humanidad, que tanto les debe en la civilización de que disfruta, cooperará decidida y generosamente al resurgimiento de Israel.

México, D. F. 1948.

Un persecutor de imágenes

(Es un recorte de *El Tiempo* de Bogotá. Envío de J. M. C.)

Los políticos que escriben poesía han corrido en todos los tiempos gravísimos riesgos: acaban con disfrutar de la desconfianza de aquéllos y por despertar la incredulidad de los poetas. Un político debe optar por una de dos actitudes: la del maniobrero, función clandestina y eficiente o la del orador, actividad pública, vistosa, expuesta entre otros peligros al de crear una segunda personalidad, dependiente de los demás, antes que de sí propio. La política es insaciable, voraz tragadora de hombres y prestigios. A menudo se traga también a los poetas. Existe, por allí, vivo y vociferante, el caso de uno que fué paradigma de imagineros o, mejor, de sentidores, a quien la política de partido aprisionó entre sus redes y, mucho más grave, entre el propio estilo, convirtiéndole en muñeco de su muñeco, o sea, prisionero del estilo por él engendrado, drama que debe sufrirse para poderlo sopesar adecuadamente. Los que se libran de tan espantoso enemigo y mantienen al tope la sensibilidad poética, son pocos. Entre ellos, con otros aditamentos más de humanísima calidad, el mexicano José Muñoz Cota.

Muñoz Cota ha sido diputado al congreso en su patria, donde tal actividad apareja, de suyo, el uso de pistolón, discursón y arrojo. Desempeñó durante todo el gobierno de Lázaro Cárdenas la secretaría del íncito general. Tuvo que rozarse con cuanta miseria y grandeza brinda la política. Después se enredó en los madejas diplomáticas, no obstante lo cual, en Tegucigalpa, como en Bogotá y ahora en Asunción, donde ejerce la embajaduría de México, no ha permitido que se le enronquezca la voz ni se le escamoteen los conceptos, pues, lector empedernido, sabe labrar su nido cualquiera esté, con materiales intransferibles, ape-

nas mellados por las inevitables rozaduras del oficio, de todos modos implacable.

Ha publicado —y sigue publicando— Muñoz Cota un puñado de libros, mejor dicho "plaquettes" llenos de originalidad y buen gusto. Este hombre cordial y travieso, que merodea los cuarenta, nacido en Chihuahua, contertulio de la revolución, no se deja avasallar por "la carrera" ni enmohecer por la mollicie del trópico. Nocheriego irrevocable, sorprende a las sombras con su voracidad de lector dictalope, y es ahí, entre tinieblas, donde encuentra luciérnagas fantásticas, claridades inesperadas para iluminar sus sueños. Tengo, ante mí, varios títulos de Muñoz Cota: *Breve Voz* (1938), *Emiliano Zapata-Corridos* (1936), *La Tierra Prometida* (1939), *Remo en dos Gajos* (1940), *Cielo sin ancla* (1941), *Agonía del llanto* (1942), *Diario en Tegucigalpa* (1944), *Ríos en la Soledad* y *Canto a Juchitán* (1946). Todo esto, en verso. En prosa, *Creación de Alberto Hidalgo*, e inédito un manojito de relatos, que él denomina ensayos, aunque pudieran ser capítulos de trunca novela, en donde, a mi parecer, está lo mejor del ingenio de Muñoz Cota, poeta demasiado inteligente y cultivado, para ser romántico, doctor en imágenes, bachiller en nostalgias, licenciado en crítica.

Caracteriza a la poesía de Muñoz Cota una irreductible actitud de vigilia. Este no es un poeta sonámbulo. Cuando Ortega y Gasset llama al novelista "divino sonámbulo", equivoca la puntería y dispara sobre novela el dardo preparado para la poesía. Mas, en este caso se justifica plenamente la gratuita adjudicación de Ortega. El verso de Muñoz Cota anda con los ojos abiertos, sin pizca de sonambulismo.